



bre el juego, de Nuria Silvestre, Isabel Martínez y R. Pérez Simó, el trabajo de J. Tusón Valls sobre los estudios gramaticales en la enseñanza, la nota de C. Martínez Shaw sobre el último libro de Fontana, y muy especialmente el relato de una experiencia pedagógica en Galicia llevada a cabo por un grupo de maestros y de psicólogos.

Es de esperar que esta publicación, que se presenta como mensual y con audaz diseño gráfico, merezca la adhesión y el apoyo de los trabajadores de la enseñanza de toda España.

Perspectiva Escolar es el nombre de la segunda publicación sobre temas educativos aparecida en Barcelona, y constituye la primera revista de educación publicada en catalán desde la guerra. Ello sólo le apunta quizá en Cataluña un tanto sobre Cuadernos de Pedagogía, en el sentido del irremplazable uso de la lengua propia en el tratamiento de las cuestiones educativas de cualquier comunidad cultural.

Perspectiva Escolar nace en una institución (Rosa Sensat) que viene a ser la continuadora de esa tradición del laicismo liberal y

del reformismo escolar dominante en Cataluña durante el primer tercio del presente siglo, y que volvió a resurgir a finales de la década de los años 50.

El editorial del número 0 de la publicación señala Rosa Sensat presenta el número inicial de difusión de esta revista, con la cual pretende ayudar a formar y dejar constancia de una perspectiva del mundo escolar. Una perspectiva bien concreta, la de un grupo que hace diez años que trabaja en el campo de la formación del maestro, pero que trata un mundo mucho más amplio: el mundo de la escuela.

Perspectiva Escolar quiere reemprender la dedicación a un campo que el periodismo catalán especializado trabajó dignamente durante el primer tercio de este siglo». Más adelante, prosigue el editorial: «**Perspectiva Escolar** surge en este último tercio de siglo; le corresponde no solamente "recuperar el tiempo perdido", sino también enfrentarse con una problemática mucho más compleja, y quiere hacerlo con todo el rigor profesional posible, aun disponiendo sólo de los limitados medios propios de una institución privada que tiene la am-

bición de servicio público».

En el primer número de esta publicación, que será trimestral, figura un interesante «dossier» sobre la formación del maestro, con artículos de Marta Mata, directora de Rosa Sensat, sobre «El examen en la Normal»; de Jaume Carbonell, sobre la «Escuela Normal de la Generalitat»; de Jordi Monés, sobre la enseñanza normal de la posguerra a la Ley General de Educación, y dos trabajos sobre experiencias en este terreno realizadas en otros países: Italia (por Bruna y Marino Buzzenenti, del MCE de Brescia), y en el Chile de Salvador Allende (Pablo A. Berchenko).

Perspectiva Escolar será, sin duda, un instrumento de utilidad para los maestros del área lingüística catalana. Su aparición supone además un paso más adelante hacia la normalización de la lengua y de la cultura catalanas. ■ JOAN SENENT-JOSA.

«El teatro de los años 70», de Ricard Salvat

Es un hecho que mientras una buena parte de la crítica teatral española —y, en general, de cuantos conforman el teatro en nuestro país— ha creído que vivía en el ombligo del mundo, otros han sido conscientes tanto de los mediocres niveles escénicos de ese ombligo, como de la necesidad ineludible de conocer el teatro de otros lugares. Quienes han hecho esto han corrido a menudo el riesgo de ser mal entendidos o tergiversados. Aprenderse las cuatro verdades políticas del barquero, proclamarse castizo hasta la médula y ver «snobismo» y mimesis en cualquier curiosidad por lo extranjero, es, en definitiva, un modo de justificar patrióticamente la

holgazanería intelectual. De otra parte, vivir en España, ser parte de su realidad teatral, y, más allá de espigar los éxitos y modas de otros lugares, querer tener una perspectiva general del teatro del mundo, conduce a veces, debido a nuestra situación, a lejanías y disociaciones insoportables, a sentir como un cuchillo los matices en que se apoya el «España es diferente».

En este cuadro es obvio que Ricard Salvat —además de conocido e infatigable director de escena— es uno de los mayores estudiosos del fenómeno teatral con que hemos contado desde hace ya muchos años. Su papel, por ejemplo, en la primera práctica española sobre el teatro épico fue fundamental, y no ya porque dirigiera obras de Brecht, sino por la utilización de ciertos elementos de aquella dramaturgia en la estructuración de diversos espectáculos, como es el caso de «Ronda de mort à Sinera» o «Adrià Gual y su época». Su labor pedagógica en la Escuela Adrià Gual, de Barcelona, es otra manifestación de su personalidad de estudioso, como lo es su puesto de profesor en la Universidad de su ciudad, y lo han sido, a lo largo de los años, los libros y artículos publicados. En catalán tiene una **Historia del teatro contemporáneo**, cuya traducción castellana y puesta al día publicará pronto Cuadernos para el Diálogo.

El libro que ahora comentamos ha de ser, en verdad, sorprendente para cualquier español que no haya seguido sus colaboraciones semanales en «Tele/eXprés», de Barcelona. Aprovechamos viajes, y a través de la lectura, Salvat intentó dar una imagen de cuanto, a su juicio, mejor definía el teatro del mundo. Semanalmente, en la paradójica

Barcelona, una ciudad donde cada vez hay menos teatro a la vez que se fortalece el Instituto de Teatro, donde la crítica posee una dureza inversamente proporcional al número de espectadores que frecuentan las salas, donde las minorías son cada vez más minorías y más exigentes, mientras al hombre medio le importa cada vez menos el teatro, en esa Barcelona, digo, Salvat publicaba semanalmente una página, en un difundido diario, contando lo que pasaba en Broadway, lo que se había dicho en una mesa redonda del Festival de Venecia o como Beno Besson había planteado en Roma su cuarta versión de «La persona buena de Sezzán».

La tarea duró varios años, hasta que, por causas que ignoramos, se interrumpió. Quizá —al margen de que pudieran molestar ciertas perspectivas ideológicas de Salvat— porque la distancia entre esa página y lo inmediato era tanta, que ni Barcelona la pudo soportar.

Ahora, Salvat, para Ediciones Península, ha hecho una selección de aquellos trabajos y la ha publicado con el título de **El teatro de los años 70**. Mucho de lo que, al menos desde la condición europea, podemos considerar fundamental en los escenarios de Occidente y de los Estados Unidos está ahí, sin que Salvat deje de decir que hay otras culturas teatrales que —salvo casos como el Nô japonés, estudiados y conocidos en Europa desde hace mucho tiempo— seguimos ignorando. El conjunto del libro es sugestivo, bien informado, y escrito con un amor al tema verdaderamente ejemplar. La pasión, cuanto hay en Salvat de voluntad protagonista, domina a menudo, para bien del libro, a su espíritu profesoral.

Un prólogo, ciertamen-

te audaz, intenta la síntesis de lo que va de década, e incluso aventura los pasos del futuro inmediato. Acaso quizá por la ordenación simplemente alfabética de los temas y por la forzosa limitación de espacio de un periódico, se produzca a veces cierto vacío histórico, cierta acumulación de nombres y montajes, cuya raíz social, cuya función en el entorno y en la cultura de donde nacen, se nos escapa. Probablemente es un problema insuperable, dada la contextura del libro. El teatro de los años 70 es, como lo califica el propio Salvat, un diccionario de urgencia, una útil y seria ordenación de muchas voces fundamentales. Y, en última instancia, una incitación para que busquemos en otros lugares, en textos más amplios y monográficos, el desarrollo de aquellas que más nos interesen.

■ JOSE MONLEON.

CINE

Los premios del CEC: Saura, el gran olvidado

Bajo el signo de Saura y su «Prima Angélica» se han repartido este año los premios del Círculo de Escritores Cinematográficos. Y cuando digo que es bajo el signo de Saura me refiero al olvidado sistemático y consciente que el Jurado del CEC ha tenido a bien mostrar con la película española más polémica del año... en territorio español. El lector recordará que mientras «La prima Angélica» era pre-

alfred kubin una novela fantástica
la otra parte con 32 dibujos del autor
y un plano

La única obra literaria de un espléndido dibujante que ejerció una profunda influencia sobre uno de sus más famosos contemporáneos, Franz Kafka, hasta tal punto que no es difícil hallar en «El Castillo» algunos de los motivos fundamentales de la obra de Kubin



Las Ediciones Liberales

colección maldoror

editorial labor s. a.
barcelona

RECTIFICACION DE UN ANUNCIO

MPI, CIA. DE INVERSIONES,
NOS ENVIA, PARA LA RECTIFICACION
DE SU ANUNCIO INSERTO
EN NUESTRO NUMERO
DEL DIA 18 DE ENERO DE 1975,
EL TEXTO QUE SIGUE:

En el anuncio que publicamos se incluía al BANCO DE VALLADOLID como una de las sociedades de las cuales MPI había distribuido las acciones, y como ello puede inducir a errores, aclaramos que MPI, Cía. de Inversiones, adquirió en su día un paquete de acciones del Banco de Valladolid, parte de cuyas acciones se distribuyeron en toda la organización y clientes nuestros en cantidades muy pequeñas, hasta un total de 1.349 nuevos accionistas.

Al figurar el citado Banco

en la relación de sociedades que MPI, Cía. de Inversiones, distribuyó sus acciones, y que son promovidas por MPI, podía parecer que tratábamos de incluir al Banco de Valladolid dentro de nuestra organización.

Nuestras relaciones con la citada Entidad Bancaria son muy buenas, y todas las Empresas del Grupo tienen cuenta abierta en su Oficina Principal, sin ninguna otra intervención que un Consejo que, por nuestra participación, nos corresponde.

miada en el Festival de Cannes, aquí se la bombardeaba (literalmente hablando), se la protestaba y se la pretendía quitar de cartel; el lector también recordará que mientras el público español acudía masivamente a contemplar la película, ésta era seleccionada como candidata al Oscar a la mejor película extranjera y recibía igualmente el Hugo de Bronce del Festival de Chicago, factores estos que hacían aumentar los comentarios agresivos y apasionados de quienes se negaban a aceptar una película que nos hablaba de España en términos maduros y responsables.

El Jurado del CEC se ha colocado voluntariamente en la lista de aquellos no partidarios de que el cine les plantee problemas cercanos y vitales para todos, al menos en la significación que «La prima Angélica» ha acabado por obtener (gracias a esas protestas y esas bombas) en el panorama social español. Curiosamente, sin embargo, algunos miembros del Jurado —Fernando Méndez Leite, Jr., y Antonio Castro, ambos premiados por la mejor labor periodística y mejor libro, respectivamente— corearon, desde el mismo escenario en el que lucían sus premios, los gritos de «¡Saural! ¡Saural!», que gran parte del público asistente al acto de entrega de los premios clamaba indignado. Fueron gritos que reclamaban para el realizador español el premio que recogía Jorge Grau como mejor director, por su película (aún no estrenada y desconocida para mí) «No profanar el sueño de los muertos».

La omisión del CEC, que es más destacable aún por cuanto todos los títulos seleccionados por el Jurado como los mejores del año han acabado por estar representados en su palmarés (1), salvo, repetimos, «La prima Angélica». Así, la excelente «Hay que matar a B.», de José Luis Borau, recibía el premio a la mejor pe-

lícula española y al mejor guión; «Tocata y fuga de Lolita», al mejor actor, Francisco Algora, y Antonio Drove, su director, el de revelación del año; «Los nuevos españoles», de Bodegas, el de mejor actor de reparto, a Antonio Ferrandis; «Tormento», de Olea, el de mejor actriz, a Concha Velasco; «Yo la vi primero», de Fernán-Gómez, el de mejor actriz de reparto, a Irene Gutiérrez Caba; «El amor del capitán Brando», de Armiñán, el de mejor música, a Pepe Nieto.

Cualquier comentario de protesta sobre el olvido de «La prima Angélica» puede entenderse, automáticamente, como un rechazo de los valores o el interés de las películas premiadas. Y no se trata de eso. La mayor parte de los títulos citados han sido comentados elogiosamente en estas páginas, y «Hay que matar a B.» (para el que guardamos su estreno en Madrid) es, realmente, una de las películas más interesantes de las producidas durante 1974 en nuestro país. Sin embargo, uno podía pensar que el «nuevo» CEC, con la impronta de una serie de críticos jóvenes en su directiva, había adquirido, lógicamente, un mayor sentido del riesgo.

Hay otras sorpresas. La no inclusión en las ternas de «Los viajes escolares», de Jaime Chávarri, o de Angel del Pozo por su primera película, «¿Y el prójimo?»; la concesión de «mejor actor de reparto» a Antonio Ferrandis, que había recibido este mismo año el de mejor actor principal en el Festival de Karlovy-Vary por la misma película de Del Pozo, o la inclusión de Elisa Ruiz en las ternas como decoradora de «La prima Angélica», cuando

(1) Hay otros dos títulos citados en las ternas y no premiados: «La Regenta» y «El asesinato de muñecas». Ya hemos comentado en estas páginas el escaso interés que nos produce la primera, y por el momento desconocemos la segunda.

su director artístico es Francisco Nieva... (2).

Naturalmente, puede siempre justificarse que la decisión de un Jurado es la libre opinión de quienes lo constituyen y que en «lo que al gusto se refiere, no hay nada escrito». No obstante, la protesta del público, y el acompañamiento de los dos miembros del Jurado ya citados, hacen pensar que la decisión de no querer incluir «La prima Angélica» en ninguno de los apartados de los premios se debe a otro tipo de razones. Y me equivoque o no, quedará la lista del CEC de este año para futuros análisis del cine en nuestro país. ■ DIEGO GALAN.

(2) El título de «director artístico» suele utilizarse cuando el Sindicato Nacional del Espectáculo no concede carnet sindical a un decorador por faltarle oficialmente los méritos necesarios. A estas alturas, pues, Francisco Nieva no es oficialmente un decorador cinematográfico.

Un perro mutilado

«Nuevo Fotogramas» se entusiasmaba —y con razón— ante la anunciada proyección de «El perro andaluz» en TVE: «Deliciosa sorpresa televisiva, que nos permitirá volver a admirar el extraordinario cortometraje de Buñuel y Dalí, vanguardista y surrealista, y que, al mismo tiempo, nos dará ocasión de ver —supongo— un desnudo femenino en la pequeña pantalla». Suposición falsa la de Carlos Pumares, que era quien escribía estas líneas, porque «Un chien andalou» pasó mutilada por las antenas de Prado del Rey, falta precisamente de esa escena erótica que anunciaba el comentarista de «Nuevo Fotogramas» y que figura entre las más conocidas y divulgadas del corto buñueliano.

El hecho de la mutilación casi pertenece más al «Celtiberia Show» que a una sección de cine. Porque es duro de aceptar —si no